

Qué bien se está aquí

En el camino hacia la Pascua, hay que tener clara la meta. Jesús en su transfiguración nos propone hoy cuál es la meta de nuestra vida: llegar a la plena divinización. Entonces seremos plenamente hombres. No se trata de mejorar un poquito en este o aquel aspecto de nuestra conducta. No se trata de un barniz externo que nos haga brillar un poco más, como pura apariencia, que se deteriora con el tiempo. Se trata de una transformación interior, donde el alma de nuestra alma sea el Espíritu Santo. Se trata de una metamorfosis profunda, donde el principio vital de nuestra vida ya no seamos nosotros mismos, sino la acción directa del Espíritu Santo, que nos diviniza. Esto es lo que quiere realizar en nosotros la Pascua de Jesús, pasándonos de la muerte a la vida.

En el camino de la Cuaresma, que es lucha contra Satanás y contra todo lo que nos aparta de Dios, que es ascesis interior, que lleva penitencia y que incluye muerte a nosotros mismos, el misterio de la transfiguración nos deslumbra, volviendo nuestros vestidos blancos como la luz. “La pasión es el camino de la resurrección”, nos recuerda la liturgia de hoy. La vida cristiana no es algo negativo, sino que ante todo es atractivo del bien y de la belleza que ha brillado en el rostro humano de Cristo, el Hijo amado, a quien hemos de escuchar para conocer de verdad el misterio del hombre. “Contempladlo y quedaréis radiantes” (S 33,6).

Pedro y los demás discípulos quedaron arrebatados por la belleza de Cristo. Cayeron de bruces, porque no soportaban tanto atractivo. Se rindieron con todo su ser ante el misterio que contemplaban. “Qué bien se está aquí”, dice Pedro, queriendo permanecer inundado de esa luz para siempre. He aquí el destino del hombre: permanecer en esta belleza inacabable, que le sacia para toda la eternidad y que se le da a conocer en esta vida terrena. No es una felicidad alcanzada por la ascesis budista. Es un encuentro personal con el más bello de los hombres, que refleja en su carne la identidad divina de su Persona. Es el tú a tú con el Hijo único, que nos hace hijos adoptivos, parecidos a Él. El camino penitencial cristiano está lleno de sana alegría y, aunque a veces duela, está envuelto de la luz de la transfiguración. Con esta fuerza de la transfiguración, podemos afrontar el camino hasta el Calvario, pues se nos da a conocer en esperanza nuestro futuro en la resurrección.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
17.02.2008